

Mario Cueto:

"Siempre me gustó aprender"

No sólo quienes están ligados a la industria del petróleo conocen a este hombre. También saben de él los vientos de Comodoro Rivadavia y las planicies de Houston; los antiguos pozos de Oklahoma han visto su silueta...

Este hombre, Mario Cueto (86), que cautiva tanto con la historia de su vida como con su simpatía, es todo un personaje.

La que sigue es una síntesis de la charla que Petrotecnia mantuvo con él en Buenos Aires.

Se llama Mario Cueto y cuenta con casi 87 primaveras en su haber. "Tuve una vida petrolera muy buena, muy interesante y llena de buenos amigos", dice cuando mira hacia atrás en el tiempo.

El camino que emprendió Mario Cueto y que lo llevó desde Ramos Mejía al directorio de importantes empresas petroleras norteamericanas, comenzó en 1912, el año en que nació. "Tengo un número de cédula de identidad bajísimo, de seis cifras nada más", se divierte.

Su padre era el dueño de la única firma que se dedicaba a la administración de propiedades. "Por eso, en aquella época, todos los edificios de alquiler tenían un cartel que decía *J. Cueto y Cía.*", recuerda.

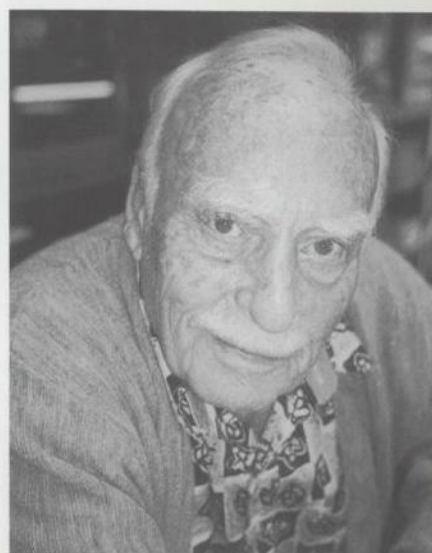
Cuando Mario cumplió los 6 años, la gran guerra, la primera, estaba lle-

gando a su fin en Europa. Y entonces su padre pudo cumplir un viejo sueño: que sus hijos estudiaran en Francia. Y hacia allí viajó su familia.

Después de un fugaz paso -dos años- con sus dos hermanos en una muy rígida escuela en las cercanías de Londres, en 1919 el pequeño Mario Cueto fue inscripto en una escuela primaria del diminuto pueblo galo de Ecole de Roche. Sin embargo, "el co-



*"Tuve una vida petrolera
muy buena,
muy interesante
y llena de buenos amigos."*



legio era muy conocido en Francia, de muy buen nivel de enseñanza y bastante pituco", asegura.

Luego de esta etapa, Mario Cueto se recibió de bachiller en París. Era hora de elegir una carrera, pero Mario no parecía volcarse por ninguna en especial. Entonces apareció uno de sus amigos con aquellas fotos... "Eran imágenes de las reinas de belleza de esto y de aquello. Todas de facultades norteamericanas -recuerda-. Mi padre me había explicado que, por ejemplo si quería ser petrolero, debía estudiar en los Estados Unidos. Así es cómo me entusiasmé y decidí ir".

Días de estudio

Era el año 30; el del martes negro para la Bolsa de Valores, el de la Gran Depresión y el de la Ley Seca: no se podían vender bebidas alcohólicas.

Mario Cueto desembarcó en Nueva York, pero por recomendaciones

de conocidos de su padre ingresó en la Universidad de Oklahoma. "Era en pleno auge del petróleo —recuerda—. Durante mis estudios, íbamos a los yacimientos. Había pozos de 25.000 barriles". Frecuentemente, los alumnos eran llevados a observar pozos en producción en Oklahoma City. "Me acuerdo de un tipo que corría de un lado al otro con toda la camisa manchada de negro. Era el dueño de ese y de cien pozos más —dice Mario—. Para que se ubique, era la época que describe la película **Gigante**".

En 1934, Cueto se recibió de ingeniero en petróleo. "Fue una carrera en la que comprendí algo muy sencillo: hay que aprender a trabajar —explica—. El día que recibí el diploma me dijeron que lo único que había aprendido hasta el momento, era a aprender. Que la verdadera carrera comenzó en ese momento".

Entonces Mario Cueto, título en mano, abordó un barco con destino a Buenos Aires.

Una vez aquí, en su tierra natal, primero trabajó en Córdoba, en un pozo de exploración con una máquina a cable. "Pero habían estafado al dueño de la concesión y el trabajo terminó", asegura.

Poco tiempo después, gracias a un contacto de su madre con la mujer del célebre Enrique Cánepa, a Mario se le abrieron las puertas de YPF. Todo marchaba sobre ruedas, hasta que llegó aquella fatídica pregunta de su padre que fue como un cachetazo: "¿Y el servicio militar?" Se produjo entonces un paréntesis en la vida de Mario de 11 largos meses vestido de verde.

Cuando dejó el uniforme, entró finalmente en YPF. Ahora Mario recurre una vez más a su brillante memoria: "El ingeniero Andrés Roslosnik me puso a estudiar los partes diarios de perforación. Tenía que controlar la cantidad de pescas. ¡Y hay que ver la cantidad enorme que había! El conteo se realizaba por las máquinas de perforación que eran equipos Faucks a percusión y giratorios al mismo tiempo. Eran de museo. Unos aparatos de


***"Fue una carrera
en la que comprendí
algo muy sencillo:
hay que aprender a trabajar."***


los que jamás me habían hablado en Estados Unidos".

Fueron seis meses. "Para entonces yo quería ganar plata —evoca Mario—. Entonces se me ocurrió ir a Comodoro Rivadavia. Hablé con Roslosnik y con Cánepa y me dieron luz verde. Así es como abordé el buque San Jorge y puse proa a la Patagonia. Cuando llegué a Comodoro, me encontré con un lugar inhóspito. En aquel entonces, la ciudad era poco más que un páramo".

En medio del viento patagónico, Mario Cueto tenía un objetivo. Quería ser ayudante del ingeniero Hubert Platz, que había estudiado en California. "Es que él era el ingeniero de exploración, el único que tenía vehículo —se ríe—. Al fin logré trabajar a su lado".

La vida en Comodoro no era fácil:

"La dificultad para el transporte, la falta de repuestos, de materiales, las distancias... Era una época en que la inyección era un desastre".

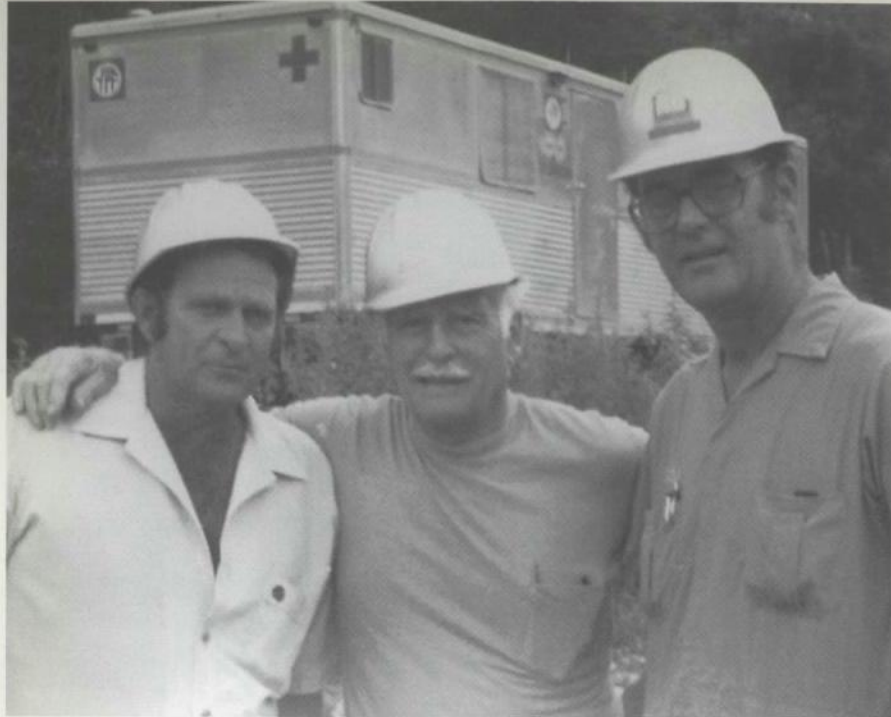
De aquellos tiempos, entre los años 1936 y 1940, Mario recuerda con cariño las visitas del presidente Ricardo Silveyra, que llegaba a la ciudad con sus dos hijas y lo invitaba a los picnics. Ni hablar de aquel ingeniero norteamericano, sabelotodo y amante de la buena vida y de las mujeres, que llegó contratado por YPF para hacer pozos dirigidos en el mar. Mario hablaba inglés y nunca se quedaba quieto. La combinación perfecta. Por eso, terminó haciendo pozos dirigidos durante dos años.

"Siempre me gustó aprender —afirma—. Un día, estando en la boca del pozo, le dije a los operarios que se fueran uno a uno, que aunque yo fuera su jefe tenía que saber hacer lo que ellos hacían con la máquina de perforación. Por eso, cuando llegaba un ingeniero nuevo, lo mandaba a trabajar en el pozo. Recuerdo que había unos 50 equipos de perforación. Algunos funcionaban sólo ocho horas por día, ya que no teníamos personal."

Eran los tiempos de los pozos cola de pescado, que cuando agarraban un granito, todo se rompía. Entonces llegaron los trépanos a rodillo. "Me



Mario Cueto y su esposa Patricia acaban de casarse.



Mario Cueto (centro) en Salta (1982) durante un contrato de YPF con Reading & Bates. A su izquierda, Watty Willis, Superintendente de Reading.

cambiaron la vida —dice Mario—. Es que nosotros operamos los primeros y la fábrica, la Reed Roller Bet, me ofreció trabajar para ellos”.

Con Patricia, en California

Barco de por medio, Mario Cueto desembarcó una vez más en Nueva York. Fue un viaje providencial, no sólo por el excelente trato que le brindó la empresa que lo contrató, sino porque durante una cena en Los Angeles, California, conoció —y sólo quince días más tarde se casó— a Patricia, la mujer que lo acompañó de por vida. Todo en un año.

Gracias a Enox Ravello, de Relaciones Públicas de High Drill —rememora— me pude casar. Porque a través de un amigo de él me invitaron a una gran fiesta que daban en lo de Mary Pickford, la famosa actriz que tenía una mansión con diez hectáreas de parque. Y ahí conocí a Patricia, cuyo padre era un famoso artista de cine de la época y tiene su estrella en el piso de Hollywood porque fue el protagonista principal de la primera película de largo metraje que se hizo en Estados Unidos.

En el 41, aquel muchacho que se había ido al país del norte a probar suerte un año antes, llegó a Buenos Aires casado y encargado de la Reed Roller Bet para Argentina, Brasil, Bolivia, Chile y Ecuador.

Pero no había que quedarse quieto. Mario Cueto viajaba de un lado a otro. “Nuestro competidor era Hughes, pero a diferencia del representante de ellos en aquel entonces, que se quedaba en Buenos Aires, yo me movía continuamente por los yacimientos. Por eso tuvimos éxito colaborando estrechamente con YPF para resolver problemas relacionados con los materiales”.

Para los yacimientos, la visita de Mario Cueto era sinónimo de progreso. “Con la colaboración técnica de Reed, se redujo drásticamente el número de trépanos utilizados y el tiempo de perforación”.

Salta, Mendoza, Comodoro Rivadavia, Neuquén... En Brasil también

le fue bien y logró pelearle el mercado a Hughes.

Un exitoso viaje a Venezuela, en 1957, fue la gota que lo catapultó a la Gerencia de Exportación de la compañía en Nueva York. “La suerte me acompañó —agrega—, ya que en Venezuela conocía al número dos en importancia en todo el país, el Ministro de Minas y Petróleo, que había sido mi compañero de estudios en Oklahoma y vivimos juntos durante tres años”. “Deseaban el puesto más de 10 americanos, pero me lo dieron a mí”, recuerda. Fueron cuatro años. La vida era más cómoda allí, en el piso 33 del Rockefeller Center.

Pero Mario, queda claro, nunca se quedaba quieto. El último de los cuatro años tuvo mayores relaciones con la gente de la Pan American Oil. También, con los de la entonces Drilling & Exploration que habían sido contratados para perforar 150 pozos en la Argentina. “Les ofrecí mi colaboración —agrega— para lograr una relación más armónica, ya que en esa época tan nacionalista se miraba con recelo la interferencia de una compañía extranjera impuesta por el gobierno de entonces”. Y así fue, todo funcionó de maravillas.

Recuerdos

Pero la poesía es algo que hoy está muy presente en la vida de Mario Cueto y nos deleita, además, con una de sus últimas creaciones: **Recuerdos**

*Con el pasar del tiempo se vive de recuerdos,
conserva sólo aquellos que merecen serlo.*

*Cierra los ojos, recorre tu pasado,
Enhebra las perlas que el destino te ha dado.*

*Conserva las risas, olvida el dolor,
disfruta de las cálidas brisas del amor.*

*De nada sirven lágrimas y lamentos,
deja que lo amargo lo despeje el viento.*

*El minero busca en el río un tesoro,
separa el fango y arena del oro.*

*Cuando zarandeas tu largo pasado,
conserva sólo el sol que Dios te ha dado.*

Como las golondrinas

Un viaje a Perú llevó a Mario a conocer a Heyden Hughes (pese a la coincidencia, nada que ver con la empresa competidora de la Reed). El hombre resultó ser nada menos que quien había organizado la filial argentina de la Pan American Oil. “Cuando lo vi por primera vez, le dije que la visita no podía ser muy favorable para mí, ya que él se llamaba Hughes y yo trabajaba para la Reed”, recuerda.

El encuentro fue fructífero. Un tiempo más tarde, el propio Hughes que había sido anteriormente nombrado presidente de la compañía en Argentina, le ofreció a Mario Cueto el puesto de vicepresidente con categoría de presidente.

“Las oficinas neoyorquinas de Reed estaban andando mal y yo temía que se cerraran. Por eso acepté la vicepresidencia de la Pan American Oil y volví a la Argentina”, relata Mario.

Aquí las cosas no estaban pasando por el mejor momento para las petroleras extranjeras. A Mario Cueto le tocó capear la decisión del entonces presidente Arturo Illia de cancelar los contratos que habían sido firmados durante la época de Arturo Frondizi.

“YPF estaba fastidiada porque consideraba que todos esos contratos se habían hecho de prepo —explica Mario—. Por eso comenzaron a hacer contratos enormes por su cuenta. El problema es que, además de tomar el petróleo propio, tenían que recibir el de las compañías extranjeras y no tenían infraestructura para almacenamiento, transporte y comercialización. Yo creo que a partir de eso se armó el lío”.

Mario Cueto se mofa de haber casi convencido a Illia de la inconveniencia de anular los contratos. “Llegó a decirme que no me preocupara, que todo se iba a arreglar —rememora—. Y realmente creo que él tuvo la voluntad de solucionar el problema. Lamentablemente, estaba el vicepresidente Perette de por medio que, junto con su entorno, arrastraron al pobre Illia a la cancelación de los contratos”.

Para entonces, Mario había hecho de todo para evitar la debacle. “En

una oportunidad, hasta decidí terminar con el ataque de la prensa hacia nuestras compañías. Así es como organicé un vuelo charter en un avión de Aerolíneas Argentinas y me llevé a 45 periodistas de visita a nuestros pozos, en Comodoro Rivadavia. El viaje fue muy positivo, con un trato muy cordial y la prensa se mostró muy interesada porque querían realidades y no las comunes fantasías”.

En el año 1969, Cueto le dijo adiós a la Pan American Oil. Para entonces, su hijo mayor era un muchacho de 27 años y con él se dedicó a representar empresas muy importantes. “Tuvimos la representación del cruce del Estrecho de Magallanes con el gasoducto, las perforaciones profundas en el norte, las válvulas...”

También tuvo una hija, Patricia Diana, que hoy vive en California y a quien visita con asiduidad.

“Hoy mi vida la organizo de la siguiente manera —explica—. Tengo una chacra en Mar del Plata en donde paso el verano. Allí estoy tratando ahora de hacer un negocio de cultivo de plantas, flores y árboles. A fines de

mayo, voy a California. Allí paso el invierno argentino, cuando en el norte es verano. Aproximadamente en septiembre, cuando las golondrinas viajan de Capistrano a Mar del Plata, me vuelvo volando a la ciudad feliz. La idea es estar cada vez menos en Buenos Aires”, dice. De esa manera, también puede disfrutar de sus nietos, todos adolescentes. Tanto de los dos que viven en Estados Unidos, como de los que viven aquí, en Argentina.

Mario Cueto no es amante del fútbol. En cambio, aconseja la gimnasia sueca “porque fortalece los músculos abdominales y vuelve los órganos a su posición original”, asegura. En sus temporadas norteamericanas hace natación tres veces por semana.

Pero hay más. A Mario Cueto le encanta la poesía. “Cada tanto me brota algún poema, aunque después los leo y no puedo creer que los haya hecho yo”, confiesa. Hoy escribo poesías en castellano, francés e inglés. Para terminar, regala una que asegura, tiene la particularidad de describir lo que siente desde hace unos tres años:



*Descansando estoy, árbol bajo tu sombra
recorro lentamente tu frondosidad
y tu lluvia de flores que siempre me asombra
y agradezco a Dios su generosidad.*

*Hace treinta años que me estás protegiendo
del ardiente sol de mi soledad.*

*Treinta largos años que te he visto crecer,
treinta largos años que me has visto envejecer.*

*No necesito otra compañía ni otros caminos para recorrer.
Me basta tu tronco, me bastan tus ramas, me basta esperar tu florecer.*

*Un nido se esconde entre tus hojas,
un jilguero acompaña nuestra intimidad
pequeñas sinfonías que acaricia la brisa
y endulza las horas de mi soledad.*

